

Diálogo como paradigma de las ciencias humanas

Antonia Larraín
Escuela de Psicología
Universidad Alberto Hurtado
alarrain@uahurtado.cl

Andrés Haye
Escuela de Psicología
Pontificia Universidad Católica de Chile
ahaye@uc.cl

El ser humano es un *ser hablante*. Un organismo viviente cuya relación con el medio, sus congéneres y consigo mismo ha sido transformada. Su ser en el mundo no se reduce a la relación particular de un organismo viviente y sintiente. Para entender su conducta no es suficiente tomar nota de los estímulos físicos a los que responde y de sus características biológicas particulares. Ni siquiera a través de la observación de su conducta social se podría dar cuenta de su peculiaridad. Lo humano encuentra su lugar en el discurso, momento donde es posible no ya reaccionar ante estímulos, sino tener una perspectiva ideológica con respecto a estos.

Es preciso resguardarse de comprender este ser hablante como la suma mecánica de organismo y el lenguaje, o el acoplamiento de dos dimensiones paralelas: la biológica y la de sentido. El discurso toma al organismo y no lo deja, más bien lo obliga a mudar en coherencia con él. La comunicación discursiva, entonces, abre la posibilidad de una transformación sin vuelta a atrás: arroja al ser viviente al encuentro. Es el encuentro, lugar en el que permanecerá de ahí en adelante, el que impulsa la transformación de la propia disposición hacia una toma de perspectiva. Con respecto a otro sujeto no cabe reaccionar, sino contestar. Es el encuentro el lugar de la subjetividad.

El pensar propiamente humano tiene la forma de un acontecer subjetivo, un movimiento continuo e inagotable de toma de posiciones que ocurren en la palabra. En la palabra ocurre la vida social. Esto no sucede porque sea un eficiente mecanismo para exteriorizar procesos subjetivos, sino todo lo contrario, porque permite el acontecer ideológico, es decir, la palabra siempre remite a otra palabra y sólo a través de ésta a dice algo de un objeto. La palabra transforma la reacción a un objeto en respuesta a otro sujeto, y en este sentido, conecta necesariamente las perspectivas en juego. El pensar no puede ser entendido como un mero representar, sino como una toma de posición, como una respuesta.

El pensamiento humano se da en y al modo de la comunicación discursiva. Como tal es por definición un proceso social y dialógico. El enunciado, como unidad de la comunicación discursiva, siempre está inserto en una cadena de la cual es sólo un eslabón. De esta manera siempre un enunciado es una respuesta a enunciados anteriores y, a la vez, incita respuestas posteriores. Es por eso que cada enunciado establece de manera inmediata relaciones dialógicas con voces más o menos ajenas que están presentes en la palabra a la que responde. La dialogicidad del enunciado no radica en la forma conversacional que tiene el prototipo de la actividad de comunicación oral: el diálogo. Cuando se afirma que un enunciado establece relaciones dialógicas se quiere decir que más que su forma conversacional (el modo de provocación y respuesta), lo que hay es una tensión entre dos posiciones subjetivas. El enunciado no es dialógico por su estructura o por las relaciones lógicas que en éste se establecen. La dialogicidad da cuenta de lo que ocurre en la frontera entre dos conciencias.

Un enunciado además de ser siempre una respuesta a una palabra previa, es un entramado donde irrumpen una multiplicidad de voces que se refieren y conflictúan unas con otras. Es decir, incluso dentro del enunciado mismo el encuentro es la regla. El enunciado es el campo de la vida social y si pensamos que el origen de la conciencia individual es social, específicamente las palabras ajenas, entonces debemos entender que es esencialmente dialógica. Esto implica que el enunciado, como unidad de la comunicación discursiva y de la vida social, caracteriza todo quehacer propiamente humano como un proceso dialógico. Si nuestro interés es comprender los distintos fenómenos humanos tenderemos a encontrarnos en el discurso. Reconocer la razón de esta tendencia parece ser relevante: los fenómenos humanos son fenómenos ideológicos semióticamente posibilitados, son encuentros dialógicos. El ser humano no es sólo un organismo viviente, es sobretudo un ser hablante, un contestatario: *el mostrarse de lo humano pasa por la percepción de su dialogicidad*.

Ahora, si nos tomamos en serio lo anterior deberíamos pensar que el pensar lo humano es en sí mismo un proceso dialógico. Es decir, a la vez que debemos preocuparnos por teorizar de manera de aprehender lo dialógico y, probablemente, revisar las herramientas metodológicas para que esta dialogicidad se muestre, debemos ser conscientes que la empresa científica misma ocurre al modo del enunciado y, en este sentido, es dialógica por naturaleza.

Esto fuerza a discutir la noción del discurso científico como representacional y monológico que caracteriza el modo de construir conocimiento de las ciencias positivas, pues todo discurso es una cadena de toma de posiciones a propósito de un tema (objeto). Sin

embargo, el discurso científico propio de las ciencias positivas se caracteriza por su pretensión monológica. Afirmar el discurso como el lugar donde ocurren los fenómenos humanos y la dialogicidad como su modo fundamental conduce inevitablemente a un estado de sospecha. Es preciso pensar que este discurso científico contiene ciertos secretos que dan cuenta de su monologicidad aún siendo discurso, es decir, dialógico. Es preciso detenerse en esto.

Bajtín (2002) reedita la distinción hecha por Dilthey (1883/1966) entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, en un texto llamado '*El problema del texto en la lingüística, la filología y en otras ciencias humanas*' que está editado en el texto '*Estética de la creación verbal*', planteando una distinción entre ciencias humanas y ciencias naturales. Esta distinción radicaría en lo ya planteado por Dilthey años antes: estas ciencias tendrían objetos que son cualitativamente distintos. Mientras el objeto de las ciencias naturales es un objeto mudo, el objeto de las ciencias del espíritu habla.

Ahora, mientras Dilthey se propone encontrar el fundamento que unifique a las ciencias humanas en contraposición con las ciencias de la naturaleza, Bajtín profundiza en la naturaleza hablante del objeto de las ciencias humanas a través de la caracterización de la relación entre texto y discurso científico. En este camino si bien la distinción entre estas ciencias a propósito de su objeto parece instalarse, a la vez se discute. En el momento en que Bajtín caracteriza el objeto de las ciencias humanas se hace sospechoso que las ciencias naturales, en cuanto actividad discursiva, se refieran a objetos sin voz.

El autor plantea que el objeto de las ciencias humanas siempre es un texto. Esto determina que el discurso científico establezca relaciones dialógicas con su objeto, es decir, sea un discurso que no representa sino comprende e interpreta. En este sentido, el discurso científico se configura como una segunda voz, es decir, como cualquier otro enunciado que responde a una voz que lo antecede. A nuestro parecer, para el autor, tres son las figuras que legitiman la comprensión del discurso de las ciencias humanas como segunda voz:

La primera figura es que todo enunciado de las ciencias humanas, al ser interpretación y no representación, propone una perspectiva acerca del objeto estudiado, perspectiva que no puede sino ser parcial. Su parcialidad determina que establezca de manera inmediata relaciones dialógicas no ya con su objeto (texto) sino con otras perspectivas que han sido articuladas o pueden serlo a propósito del mismo tema. Es decir, cada científico se encuentra necesariamente con otros sujetos en el campo temático en cuestión, tal como el cibernauta que entra en una habitación virtual y establece contacto inmediato con otros

Ponencia presentada en el Seminario

Diálogo como paradigma de las ciencias humanas, Santiago, abril 24 y 25, 2007.

El presente documento representa un trabajo en proceso, por lo cual se solicita no hacer citas textuales.

cibernautas ahí presentes. Al ser una segunda voz siempre establece relaciones inmediatas con todos quienes han tomado perspectivas con respecto al mismo 'texto'. El científico no es el primer o único hablante, es sólo una voz más dentro del bullicio.

La segunda figura, íntimamente relacionada con esta, tiene que ver con el camino que recorre la palabra en el encuentro con su objeto (que también es una palabra o texto). El camino de la palabra de las ciencias humanas hacia su objeto, al igual que el encuentro de toda palabra con su objeto, es siempre mediado por un complejo de palabras ajenas que resuenan y se excitan unas a otras. En el intento por alcanzar el objeto, lo que se alcanza es a otros sujetos, quedando la palabra atrapada, confundida, y sólo consiguiendo un reflejo efímero de su objeto entremedio de un bullicio acalorado. Pareciendo un mal sueño donde lo que se desea queda tras de una multitud desprevenida y frenética, y donde lo que se consigue son tropezones y encuentros con desconocidos, pareciera que el objeto tras el bullicio, termina siendo sólo la excusa del encuentro.

La tercera figura apunta a la matriz conceptual a través de la cual se accede al objeto. Pensar un objeto es establecer múltiples relaciones conceptuales, es recorrer una serie de trayectorias cuyo tránsito está asegurado por el carácter de sistema que entre éstas se ha configurado a lo largo de la formación de la conciencia individual. Todo objeto científico está vestido de una serie de capas conceptuales y teóricas cuyo despoje resultaría en la eliminación misma del objeto, al menos en la imposibilidad de pensarlo, es decir de estudiarlo científicamente.

Si nos tomamos en serio estas figuras debemos cuestionar la distinción propuesta entre las ciencias humanas y naturales en base al habla del objeto. Si hacer ciencia siempre es pensar, y pensar siempre ocurre dialógicamente, es decir, estableciendo relaciones dialógicas inmediatas, entonces hacer ciencia es siempre una empresa socio-ideológica, más aún, discursiva. Por una parte, si todo objeto de la palabra sólo queda difusamente accedido en todo enunciado, entonces no hay modo de pensar un enunciado científico que de cuenta limpiamente del objeto, de un objeto sin voz. Por otra parte, si para pensar el objeto siempre convocamos trayectorias conceptuales, quiere decir que el objeto más que constituirse fuera del enunciado es siempre un producto de la comunicación discursiva. Por último, todo enunciado científico al ser una perspectiva parcial establece de manera inmediata relaciones dialógicas con todos los que han pensado el mismo tema. Entonces el objeto de la ciencia no es la cosa sino lo que otros han pensado a propósito de aquello que sólo vislumbramos vagamente.

Ponencia presentada en el Seminario

Diálogo como paradigma de las ciencias humanas, Santiago, abril 24 y 25, 2007.

El presente documento representa un trabajo en proceso, por lo cual se solicita no hacer citas textuales.

En resumen, pareciera ser imposible, dadas las características del enunciado propuestas por el autor, pensar un discurso científico que sea una primera voz, que no responda y conteste, sino pretenda dar cuenta de un objeto mudo. Esto señala que todo discurso científico sólo accede relativamente a su objeto, o en otras palabras, que en cierto sentido todo objeto de discurso habla, es una primera voz.

En este contexto, parece difícil conceder que lo que distingue a las ciencias humanas y ciencias naturales sea el tipo de objeto: éste en ambos casos sólo es la excusa del encuentro. Más aún, el discurso monológico prototipo de la ciencia positiva parece extraño al enunciado. Hablar de un objeto como si fuera la única voz autorizada parece contradecir las posibilidades discursivas de la comunicación. Sin embargo este tipo de discurso ocurre y ocurre incluso en las ciencias humanas.

Si, como se ha planteado, Bajtín discute la posibilidad del discurso científico fonológico en el caso de las ciencias humanas por que aparece siempre como una segunda voz entonces ¿Cómo se explica el modo discursivo monológico? Estamos aparentemente ante una paradoja que es necesario resolver. No basta con constatar la dialogicidad propia de todo discurso científico, sino es preciso explicar el modo discursivo que, dentro de un discurso eminentemente polivocal, permite levantar la ficción de un discurso representacional, es decir, un discurso que da cuenta de sucesos que ocurren más allá del discurso y que, al menos por momentos, convence al lector de que lo dicho tiene relaciones más pertinentes con lo que es, que otros discursos posibles.

Esto reafirma la idea de que la voz del objeto no es lo que diferencia a unas y otras ciencias, pues si así fuera siempre los enunciados de las ciencias humanas serían dialogales. La posibilidad del discurso monológico de la ciencia no está en el objeto, sino en otro lugar. Lo que queda es pensar que el discurso científico, aún siendo un enunciado cuyo objeto tiene voz, se constituye a través de ciertas operaciones ofrecidas por el discurso mismo que le permiten vestirse con ropajes monológicos.

La pregunta por el sentido de esta especie de truco que suponemos se responde con la pretensión del discurso científico de aparecer como una voz cuya autoridad proviene del objeto mismo, es decir, como forma de conocimiento legítima.

Dos son las operaciones sugeridas en '*El problema del texto*' por Bajtín que darían cuenta de esta monologización. La primera es la *cosificación*, y la segunda es la presentación del discurso científico, de las diferentes áreas del conocimiento, como un *monólogo infinito*.

La primera operación señalada se relaciona con un enfoque inductivo de la ciencia donde el objeto es visto como primera voz. Para esto es necesario que todas las voces que no dejen

alcanzarlo en su desnudez (propias del bullicio que interrumpe el camino de la palabra al objeto), todas las perspectivas subjetivas que se activan en su presencia, y todas las trayectorias conceptuales en las que necesariamente se constituye todo objeto, sean ignoradas. Más aún, estas son cosificadas, despojadas de su pertenencia a uno o más sujetos, y son entendidas como propiedad misma del objeto, como indicios de la cosa que pueden ser extraídos y, luego, divulgados. Con esta cosificación, es decir, entender las voces como señales cuyo origen es la cosa misma, ocurre un primer momento de objetivación.

Luego un segundo proceso de objetivación acontece: la actitud del sujeto hacia el objeto ya no puede ser tal. La actitud sólo es comprensible con respecto a otro sujeto, a otra posición ideológica. Si el objeto es una cosa ya no cabe tener una actitud ideológica ante éste, la cosa no puede ser contestada ni discutida, sólo cabe difundir sus señales. El sujeto se cosifica también en la medida que no reacciona dialógicamente ante éste, sino representa algo así como un canal a través del cual los indicios del objeto se convierten en hallazgos. Tal cátedra de anatomía donde el científico vestido de un blanco impecable disecta un cuerpo y hace alarde de sus propiedades físicas ante un público masivo pero silencioso y expectante, el sujeto del discurso científico se posiciona como un desocultador del objeto, como quien lo pone en evidencia ante un público acaso infinito. En este escenario el sujeto de discurso no responde a este objeto sino lo sitúa de tal manera que éste queda iluminado: es un servidor de la ciencia, quien se sacrifica, se hace a un lado, se sustrae, para que la naturaleza sea por fin alcanzada. Aparece como sujeto de explicación, donde, según Bajtín, sólo actúa una conciencia (a diferencia de la comprensión).

Ambos momentos de objetivación, la cosificación y el acallamiento del sujeto, parecen ser necesarios si se quiere situar el conocimiento como la extracción de orientaciones fundamentales de las cosas mismas. Para hacer justicia a ese ideal no hay otro camino que acallar las voces; aquellas propias del objeto y aquella segunda voz propia del sujeto de discurso científico. A través de la impersonalización del discurso, es decir, de una rigurosa limpieza de pronombres personales, juicios de valor y todo tipo de modalización de incertidumbre o parcialidad, el objeto se apropia de lo ofrecido por las palabras en lucha, y el sujeto se desdibuja para dejar que el habla provenga directamente de la naturaleza y persuada de manera enfática a la audiencia confiada. Más que una cosificación esta operación puede ser entendida como *la autorización a la cosa*.

La segunda operación que haría comprensible el carácter monológico del discurso científico guarda relación con los límites o más bien la posible ausencia de límites de un enunciado. Bajtín plantea que dentro de un enunciado no existen relaciones dialógicas pues

sólo existe un sujeto discursivo. Si bien el enunciado establece relaciones dialógicas con otros enunciados, dentro del mismo enunciado sólo se darían relaciones lógico-objetuales, donde los sentidos no se distribuyen en distintas voces. Al suponer un enunciado infinito perfectamente se entiende la ignorancia de la constitución subjetiva de cada aporte científico, pues en este enunciado sin límite no puede nunca constituirse un sujeto. El sujeto discursivo es quien determina el límite de cada enunciado en la medida que éste constituye un y sólo un sujeto a la vez. El enunciado es potencialmente infinito, y si se trata como tal el discurso puede no ser entendido como toma de posición o articulación de perspectivas. Además, si el enunciado no tiene límites entonces éste nunca puede ser respondido o contestado: el científico no es un contestatario y el enunciado no es tal, no establece relaciones dialógicas con otros enunciados. El científico establece relaciones lógicas con otros científicos donde no cabe comprenderse, sólo explicar.

Más aún, si la operación de autorización a la cosa acallaba la voz del objeto y el carácter de respuesta del sujeto, esta operación permite que cada aporte científico no establezca de manera inmediata perspectivas con aquellos que antes han tocado el mismo tema: simplemente porque no hay un antes sólo está el territorio. El sujeto del discurso científico se vuelve una ficción y cada científico hace un aporte formando parte de una sola voz potencial: la voz de la ciencia. Probablemente a eso es lo que cada científico aspira, a pertenecer a esta única voz. El discurso científico se entiende así como una sola réplica en un diálogo potencial: todo un monólogo. Esto puede ser ilustrado fácilmente si pensamos en la disociación entre investigación y docencia que normalmente se da en el quehacer académico. Mientras el proceso de investigación se restringe a la mecánica entre el investigador y su objeto, sea cual sea, la discusión, ya sea en docencia o incluso entre pares, no es parte de la investigación sino de su proceso comunicacional-político, es decir de su difusión. El diálogo crítico es parte del posicionamiento de los hallazgos, es decir, de la lucha por pertenecer a la voz de la ciencia pero no de la investigación misma. A esta operación, que desconoce el sujeto de discurso en base a su previo acallamiento (la operación de autorizar a la cosa), y por tanto no establece límites, le llamaremos *extensión del enunciado al infinito*.

Ambas operaciones, la autorización a la cosa y la extensión hacia el infinito del enunciado se complementan. En su conjunto permiten borrar la doble dialogicidad propia de la ciencia: aquella que se establece con el objeto en la medida que el enunciado es una segunda voz, y aquella que se establece con los otros sujetos que han pisado el mismo territorio temático. De esta manera el discurso científico del modo de las ciencias positivas,

Ponencia presentada en el Seminario

Diálogo como paradigma de las ciencias humanas, Santiago, abril 24 y 25, 2007.

El presente documento representa un trabajo en proceso, por lo cual se solicita no hacer citas textuales.

en cuyo seno se juega mucho más que un mero capricho epistémico, descansa en ciertas operaciones que permiten soslayar o dar vuelta las condiciones discursivas esenciales: la dialogicidad. Esto tiene implicancias que trascienden el continuo dialogal/monologal entendido como formas posibles en todo enunciado dialógico. En estas operaciones radica el poder que la ciencia tiene y ha tenido en los últimos seis siglos.

Aún no existiendo distinción entre ciencias humanas y naturales en cuanto a la cualidad hablante del objeto, se entiende que en las ciencias naturales las dos operaciones que hacen emerger la monoloidad en el discurso sean coherentes con la pretensión y definición que le son propias. Sin embargo en las ciencias humanas este tipo de operaciones tiene consecuencias gravísimas, en cuanto promueven teorizaciones acerca de los fenómenos humanos que son monoloidas, las que a su vez orientan la aplicación de metodologías también monoloidas. La gravedad de esto no se encuentra en una valorización arbitraria de lo dialógico versus lo monoloido. Es relevante pues si lo que las disciplinas de las ciencias humanas pretenden es comprender distintos fenómenos humanos que ocurren en el discurso, deben cuidar tener presente que éstos ocurren en virtud de su dialogicidad. Este cuidado no debe ser entendido como un dogma que permite algunas prácticas y prohíbe totalmente otras. Más bien debe entenderse como una actitud que más que prescribir promueve traspasar los límites de lo establecido para dar cuenta de lo que quiere comprender e incorporar como parte de la creatividad científica cosas que normalmente toma ya listas: teoría y metodología.

No es casualidad que las disciplinas humanas converjan en su interés en el discurso. Hoy estamos reunidos aquí a propósito del diálogo no por que sea algo bonito, sino porque muchos de los fenómenos que son de nuestro interés académico y profesional ocurren dialógicamente en el discurso. El discurso, entonces, parece ser nuestro territorio originario, y al serlo y al nosotros estar en él voluntariamente, establecemos entre las distintas disciplinas que nos encontramos aquí relaciones dialógicas inmediatas que no podemos desconocer. Hoy han sido convocadas las ciencias humanas ampliamente tampoco porque valoremos lo interdisciplinario en sí mismo, o sea una acción políticamente correcta o de moda, sino porque lo interdisciplinario, en el caso de las ciencias humanas y su tendencia a interesarse en el discurso, tiene un sentido teórico profundo. Desde un punto de vista epistemológico es coherente que nos encontremos múltiples disciplinas: Al estar en el mismo territorio cada cosa que pensemos o

Ponencia presentada en el Seminario

Diálogo como paradigma de las ciencias humanas, Santiago, abril 24 y 25, 2007.

El presente documento representa un trabajo en proceso, por lo cual se solicita no hacer citas textuales.

propongamos a propósito del discurso establecerá relaciones dialógicas inmediatas con aquellos que hallan estado aquí previamente y que estén en un futuro.

Desde un punto de vista teórico, el discurso entendido como el lugar donde ocurre la vida social, no puede abordarse desde una disciplina con un solo lenguaje. Para iluminar cada aspecto de nuestro interés (cognición, comunicación, educación, historia, procesos sociales, sufrimiento individual y social, procesos de cambio social, entre otros) requerimos de una aprehensión de su complejidad, requerimos de diálogo sincero, de translingüística. Esto tiene aún más sentido si entendemos que en esta translingüística y para hacer justicia a la naturaleza dialógica del discurso, las nociones disciplinares de sentido común deben ser repensadas, recreadas.

Desde un punto de vista metodológico, estar en el discurso pero con preocupaciones distintas, impone el desafío de desarrollar procedimientos comunes que permitan establecer ciertos criterios que permitan el intercambio y ayuden en la preocupación por rescatar la vida. Pero a la vez debemos entender que la metodología no es algo que está ahí listo para ser usado. De una comprensión de método como garantía de limpieza, el método se convierte en dispositivos teórica y subjetivamente interesados, sin por eso ser menos rigurosos. Esta es parte creativa de toda investigación, y en cada caso, de acuerdo a cada objetivo, género y tipo de discurso, debe ser recreada y transformada. El desafío es proponer reflexiones comunes que orienten a la aprehensión de la dialogicidad y, a la vez, entender que éstas deben adecuarse en cada investigación.

La invitación que hoy inauguramos no se agota mañana en la tarde. Esperamos sea una invitación que sea respondida cada vez con más fuerza. Las tareas que se proponen son fundamentales. Nuestra invitación hoy es a contactarnos dialógicamente a propósito del discurso y en pos de reconocer la dialogicidad como aquello que ha permanecido en el olvido. Nuestra invitación es a permanecer en la frontera.

Referencias

Bajtín, M. (2002). El Problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. En *Estética de la creación verbal (294-323)*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Dilthey, W. (1883/1966). *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Revista de occidente.